



HOMILÍA JUEVES SANTO

20 de marzo, 2008

Ilmo. y Rvdmo. P. Abad de Santa Cruz del Valle de los Caídos
Dom Anselmo Álvarez Navarrete

“Tomad y bebed. Esto es mi Cuerpo; esta es la copa de Mi Sangre”.

Son palabras que descubren, entre tantos otros secretos de Dios, su pasión por estar junto a los hombres. Eso es lo que quiso significar al llamarles de la nada a la existencia, al dejar en ellos la huella de su propio ser: su espíritu y su imagen, al ofrecerles una vida sin fin en su compañía, y al darles la oportunidad del retorno a Él cuando eligieron otro camino.

Y cuando desciende para compartir su existencia terrena y realizar la liberación del pecado y de la muerte, pone en acción todo el vigor de su amor y de su poder para permanecer junto a ellos hasta el final de los tiempos, y ser él mismo la carne y la sangre de su alimento. Dios ama así al hombre, porque éste no sólo es su obra sino su hijo adoptivo, el hijo de su amor: “Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito”, primogénito de muchos hermanos, a los que quiere tener consigo por siempre: ‘el que cree en Mí tendrá vida eterna’, porque ‘el que come mi pan no morirá para siempre’.

Pasión de Cristo por saciar el hambre del mundo. La Eucaristía es la respuesta al hambre de la humanidad: al hambre de vida auténtica, del alimento que perdura y da esa vida eterna, al hambre del espíritu, a la necesidad de todo aquello que no sacia el pan y el bienestar de este mundo: de sus bienes, satisfacciones, orgullos o éxitos.

“Es mi Padre quien os ha dado pan del cielo”: el alimento sustancial de vuestro espíritu. Nos habían dado la semejanza con Dios, nos habían regalado la tierra y el universo, porque fueron creados para nosotros. Ahora Dios se da a Sí mismo: ‘tomad y comed, tomad y bebed: es un ruego, una invitación, un imperativo: saciaros. Os he dado un hambre y una sed insaciables, y os he prometido un agua que salta desde vosotros hasta la vida eterna, pero no busquéis cualquier manjar ni gustéis cualquier bebida: comed Mi Cuerpo torturado y muerto, mi Cuerpo resucitado y glorioso; bebed el vino preparado en el lagar de mi Cuerpo, la sangre derramada por vosotros.

Si os prohibí comer el fruto de un árbol es porque os tenía preparada la mesa en que podéis comer la Carne del Hijo de Dios. No os contentéis con lo que guardáis en vuestros graneros o en vuestros bancos, ni con el disfrute de vuestros años de rosas y vino, porque al final tienen sabor de ajeno y se evaporan por la mañana. Os he dado el Reino, el de la tierra y el del cielo; os he hecho reyes, pero también sacerdotes, para que “viváis en mis atrios y os gocéis en los dones sagrados de mi templo”, comiendo “el Pan del cielo que posee todos los sabores” que podéis apetecer, como sucedía con el maná

que di a los israelitas: “esto es Mi Cuerpo; esta es Mi Sangre” “para la vida del mundo”, a fin de que “tengáis vida y la tengáis en abundancia”

Cristo es la “sangre nueva y eterna” de la humanidad, el pan que da la vida y sacia eternamente. En las horas finales de su vida Cristo culminó el empeño al que se había entregado desde la encarnación y desde la eternidad: ofrecernos la posibilidad de una vida nueva alimentada de divinidad más que de humanidad, de acuerdo con los rasgos originarios del hombre, llamado desde el principio a participar en la vida divina. Una vida alimentada en el cuerpo y la sangre de Dios. Una vida potente, plena y eterna, que no niega sino que fortalece la vida humana más allá de todas las expectativas. Dios es el alimento esencial del hombre; no podemos dejar de comer este pan sin desfallecer y perecer. Para permanecer en nuestra realidad humana, que participa también de la realidad divina, el hombre necesita vivir en Dios y de Dios. No podemos eliminar esta realidad. Y no podemos hacer ineficaz este don de Dios sin que todo en nosotros se vuelva irreal: “el que come este pan vivirá eternamente”, el que no lo come no vive ni para la eternidad ni para el tiempo: porque se queda vacío de la Gracia que sostiene la vida de su espíritu, pero sin el espíritu, vivo y vigoroso, sólo somos una apariencia de nosotros mismos. Por eso, el alejamiento de la Eucaristía coincide con todas las formas actuales del debilitamiento espiritual.

Vamos ahora a repetir la escena que nos ha descrito hace un momento el pasaje del Evangelio que hemos leído. Es, de nuevo, la pasión de Cristo por estar junto al hombre, y por persuadirle de que también él se sienta cercano a Alguien a quien no le importa echarse a sus pies, como el huésped que abre su casa al que llega y que, en gesto de hospitalidad, lava sus pies y se los seca para limpiarle y refrescarle, tal vez después de un largo camino. Cuando ese camino termina en la casa de Jesús y en los brazos del Padre, al viajero le espera, como en la parábola (del hijo pródigo), una túnica nueva, un anillo y una mesa bien servida: la mesa de Dios.
